

# Alsino

Por Jaime Miguel Gómez Rogers.

Releyendo este clásico de la literatura chilena, nos encontramos con el viejo mito del hombre que pretende volar. El antiguo mito de Icaro, cuyas alas se deshacen en el sol. Tema que está presente en la aspiración contemporánea de dominar el espacio celeste. Nunca le perdonaremos a Pedro Prado, gran novelista que iluminó la fantasía en nuestra infancia, el maltrato que sus iguales acometen contra el pequeño jorobado. Como el primer Icaro, se deshace en su vuelo postrero. Alsino, pequeño hijo del campo cuyo pecado fue querer asemejarse a los pájaros, romper la monotona de una existencia nacida en la pobreza y soledad de un paisaje semiperdido en la memoria de la tierra. Y esa anciana aspiración humana, el alcanzar el vuelo, luego del fallido y desgraciado intento de Alsino cuando lanzándose al abismo se ha roto el espinazo, nace de las raíces de su misma desgracia. Comienza a crecer una extraña joroba en la espalda, que no es otra cosa que el ansiado nacimiento de las alas que le permitirán cumplir el viejo sueño. Volar. Pero, al igual que el mito griego, sólo le traerá desdicha y desamparo. Y, fatalmente, la muerte.

Hermosa historia, triste historia que nos legó Pedro Prado, recordándonos nuestros propios límites. Alsino, en su grandiosa pretensión, ha

querido ser diferente y ha pagado con su vida este descomunal anhelo.

A veces, el hombre en su despiadada modernidad, en su ambición material, en sus logros en el campo de la ciencia y de la técnica, se nos aparece como el niño Alsino que quiso tocar las estrellas con la mano. El género humano ha perseguido la cultura y la técnica, el progreso y la economía de tiempo y fuerza de trabajo, a fin de alcanzar un estado de dicha. O al menos algo a lo cual todos llamamos "bienestar". Y hay momentos en que pareciera haberlo logrado. Le hemos visto caminar sobre la luna y hemos admirado la potencialidad de sus máquinas de guerra, la velocidad de sus aviones, la automatización de la materia. Como verdadero y poderoso triunfador, le hemos reconocido el dominio de los elementos primigenios. Entonces se asemeja a Alsino cuando, ebrio de alegría, se siente capaz de cruzar ingrávido el firmamento, entre las estrellas. Y su huella es como el paso ascendente en la escala cósmica, como si hubiese crecido el valor de la humanidad. Entonces pensamos en un estado de dicha, de bienestar, que llega con la cibernética, con la automatización de la industria, con el dominio del aire, del mar y de la tierra. Y recordamos palabras de Alsino, en mitad de su vuelo: "Cantamos la libertad que por su medio, encuentra no sé qué

tiránico y oculto poder...!

El problema radica en que, como es fácil constatar por las noticias de los acontecimientos, el hombre ha encontrado un gramo más de felicidad. El progreso es innegable, más todavía irrechazable, sería inhumano oponerse al progreso, a la ciencia y a sus descubrimientos. Pero, ¿cómo usa el hombre este progreso? Se ha adentrado en el corazón del átomo, pero, ¿cuánto se ha adentrado en su propio corazón?

Hoy en día, la comunicación es al instante, desde cualquier lugar de nuestro planeta. Debíamos, pues, sentirnos más cercanos unos de otros, como seres humanos. Pero, ¿por qué esas guerras? ¿Por qué tanta disconformidad, angustia, desasosiego? ¿Por qué tanta violencia? Y nuevamente Alsino nos dice con sus palabras antiguas y gastadas: "Saber no es poder probar a otros, ni aún a sí mismo. Saber es convivir...".

Y, ante el inminente desastre, Alsino exclama:

"Todo para mí ha sido soledad; ha caído como una maldición este vuelo limitado. Alas que no pueden llevar más lejos que ellas mismas...".

El crecimiento y el desarrollo es una legítima aspiración humana. Pero no se puede olvidar el corazón del hombre, el respeto por nuestros semejantes como hijos de

una misma tierra. Antes de dar el último paso en el infinito debemos intentar una vez más el sentido del amor, el sentido de la fraternidad. Y el amor básico que debemos a nuestra propia tierra. Las últimas palabras de Alsino, antes de ser sólo ceniza en el aire son certeras: "¡A despertar! ¡A despertar! exclama Alsino..."



Esta niña se llama Angela Camus Herrera, tiene seis años recién cumplidos y es candidata a reina del Colegio Particular de Cartagena, que se encuentra celebrando su trigésimo sexto aniversario. Una seria aspirante al trono tiene el kinder "B".